

LA VENDA DE MIS OJOS

M^a Soledad López García

4º ESO A

Hoy hace tres meses que Ana, mi mujer, llevó a la pequeña Leire al médico porque últimamente le aparecían moratones, su cara estaba de un tono amarillento y le daban pequeños mareos.

Pensé que sería algún tipo de anemia, pero la expresión de Ana al llegar a casa indicaba algo más grave. Con Leire presente no podía preguntar, no podía permitir que los ojitos cristalinos de mi hija se vieran afectados por escuchar lo que sea que hizo reflejar frialdad y preocupación en los de su madre. Debía esperar a que Leire estuviera en su cama para preguntarle a Ana, solo que no hizo falta que yo preguntara.

Tras arroparla volvió al salón con esa cara de ausencia y al llegar al sofá donde la aguardaba, no pudo más. Todo el hielo de su mirada, la preocupación, el dolor y el miedo desbordó su mirada y rompió en llanto desesperado, entrecortado por su intento de explicarme:

-Leucemia¡Leucemia!. Si le pasara algo ... Si la perdemos ...

Quería poder decir o hacer algo que la consolara, la estaba viendo romperse. La fuerte empresaria cabeza de familia, la que siempre soportaba nuestras flaquezas y nos sacaba a todos adelante. El mundo se me vino abajo en un segundo. La voz no salía de mí y mi cuerpo solo tenía fuerzas para abrazarla y unirse a su llanto. Mi Leire ... ¿Cómo podía esto estar pasando?

A la mañana siguiente y una vez ésta se fue al colegio, volvimos a hablar.

-No vamos a permitir que le pase nada, ¿vale?- le dije.

-¿Pero qué podemos hacer? Sabes de sobra que la única forma de que se cure es someterla a esos caros tratamientos que ni siquiera hay aquí.

- Pues eso haremos, la llevaremos a donde sea necesario. Buscaremos un alquiler en Madrid y ...
-¿Pretendes que nos mudemos? ¿Y con qué dinero pagarás el alquiler? ¡Si no eres capaz de encontrar un trabajo aquí! - La situación había podido con ella, lo sé, pero aún así sus palabras fueron una puñalada para mí, que llevaba casi un año en el paro. - No ... Perdóname ... No debería haber dicho eso.

-No, pero es cierto. - No puedo evitar desplomarme sobre la silla.

-Quizás con lo que gano podamos pagar el tratamiento, pero debo seguir trabajando aquí. Esto va a ser duro, pero debes irte tú a Madrid con Leire.- Dijo Ana con una nueva lágrima surcando lentamente su mejilla.

Y así lo hicimos, hoy, seis meses después me encuentro en el MD Anderson Cancer Center de Madrid, mirando a mi pequeña dormir entre finos tubos adheridos a su piel de porcelana. ¡Qué impotencia! Si es duro para mí, ¿qué estará soportando Ana sin poder ni verla? O peor, ¿cómo estará afectándole esto a Leire? Ella sabe que tras la tormenta viene el sol, pero cuando vives una vida que siempre fue soleada a tus ojos, no ves llegar los nubarrones. ¡Qué difícil debe ser mantener los pies en el frío suelo, en la cruda realidad, cuando un agradable remolino de fantasías, comodidades, alegría e ignorancia despliega las alas de tu infancia y te anima a volar! Todos crecemos y aprendemos a caminar por este extraño mundo progresivamente, de forma en que el remolino pase a ser una simple brisa cada vez más sutil con la edad, experiencia y madurez. Mas ¿qué pasa si el remolino desaparece de pronto llevándose tu niñez? ¿Dónde queda la sonrisa inocente cuando inesperadamente aparece un muro llamado leucemia y te rodea impidiendo al viento alzar tus alas?

Intento explicarle con naturalidad por qué estamos allí, la razón de tantas pruebas, de tantos medicamentos ... , pues tengo la esperanza de que si sabe a lo que se enfrenta y entiende que su valor y esfuerzo la devolverán a su antigua vida, su mente se unirá a la

lucha contra su enfermedad. Pero no deja de ser una niña de 6 años que extraña a su madre, a sus amigos, poder jugar en el parque y hasta ir al colegio.

Un día se me ocurrió traerle un par de muñecas para que se entretuviera en mi torpe intento por devolverle aquellas tardes en que jugaba con su madre. Mientras las compraba pensé lo mal que hice en obsesionarme con mi trabajo perdiéndome los primeros años de mi hija y más aún cuando quedé parado y me aislé como un desecho humano en vez de pasar más tiempo con las personas a las que quiero. Recuerdo las charlas sobre coeducación en el colegio y me prometo hacerlas presentes en mi vida a partir de ahora.

Llego a su cama con una sonrisa y le enseño las muñecas. Las mira expectante, examina sus vestiditos y acaricia su pelo, pero para mi sorpresa empieza a llorar. ¿Qué pasa? ¿No le gustan?

-Papá, míralas, son guapas. Tienen sus largas melenas y ... ¡Mira esa otra! Lleva una raqueta en la mano. En cambio yo ... me han dejado calva, me han quitado mi ropa, solo tengo esta fea bata verde y no me acuerdo de la última vez que toqué una pelota. Las niñas de mi clase se reirían de mí si me vieran así.

La situación le estaba robando su infancia, su alegría, y yo no lo podía permitir. Ana siempre sabía qué decir.

-Mi vida, tú eres mucho más guapa que ellas incluso con esa bata, pero ¿sabes qué me ha dicho la muñeca de la raqueta? - Por un momento para de llorar y me mira extrañada de que su padre hable con las muñecas justo cuando ella decide odiarlas - Dice que te tiene un poco de envidia porque tienes la sonrisa más bonita de todas.

Una risita se le escapa, pero le quito las muñecas a las que sigue mirando con cierta melancolía y empiezo a contarle un cuento que juntos vamos inventando sobre la marcha.

A la semana siguiente la operaron y pudimos volver a casa. Su enfermedad seguía ahí, pero al menos por un tiempo no le afectará y tendrá revisiones a menudo en el hospital provincial. La lucha no ha acabado, todos lo sabemos, mas hay grandes esperanzas, y esta experiencia me ha hecho reflexionar sobre un montón de temas absurdamente perjudiciales que la sociedad va arrastrando: desde las desigualdades entre hombres y mujeres, hasta la marginación por ser diferente en algo, pasando por los estereotipos de belleza que las multinacionales imponen, la infravaloración por estar en paro, anteponer el dinero, o la fuerte repercusión de la actitud de cada persona en todo tipo de ámbitos.

Lástima no haberme quitado antes la venda de los ojos y que la mayoría de la gente vaya también con ella puesta aún hoy en el siglo XXI.